





¿QUIÉN ESCONDIÓ
MIS LLAVES?



Jordi Márquez

¿QUIÉN ESCONDIÓ
MIS LLAVES?



Primera edición: julio 2020

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Jordi Márquez

ISBN: 978-84-18366-24-6

ISBN digital: 978-84-18366-25-3

Depósito legal: M-14382-2020

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5. Local

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A Bea y Houdini.
Suyo era el tiempo que me llevó escribir esta obra.*



1

¿Nunca te has preguntado por qué siempre desaparece el mando de la tele? ¿Por qué se nos desploman encima todos los *tuppers* cuando abrimos el armario de la cocina? ¿No es mucha casualidad que la tostada siempre caiga al suelo del lado untado? ¿Por qué siempre que abrimos una caja de medicamentos lo hacemos por el lado del prospecto? ¿Por qué no encontramos las llaves de casa a pesar de recordar perfectamente haberlas dejado en la entrada? ¿Quién enreda formando una maraña de cables los auriculares que dejamos en el cajón? Si dimos mil vueltas para buscar aparcamiento sin éxito, ¿por qué aparecen un montón de sitios cuando ya hemos encontrado uno? ¿Y los zapatos? ¿De dónde surgen esos nudos tan complicados al deshacer el lazo?

Las cosas no se caen, mueven o desaparecen solas. Tiene que haber una fuerza superior que se encargue de tocarnos las narices de ese modo. Algo o alguien que se preocupe de provocar todo ello. Imo era uno de esos *álguienes*.

Imo estaba especialmente contento esa mañana. Su presencia, a pesar de ser un ente etéreo, había sido requerida en el despacho de su jefe; Imo se olía un ascenso. Llevaba miles de años haciendo su trabajo a la perfección: incordiar con pequeñas perrerías a los pobres humanos.

A pesar de llevar tanto tiempo en su empresa, estaba aún con contrato eventual, por lo que se olió que, como poco, le iban a hacer fijo de una vez por todas.

La sede central de la empresa donde trabajaba estaba situada en una especie de limbo cósmico. No se puede decir que estuviese

fuera de la Tierra, pero tampoco en ella. Permanecía en una dimensión paralela en la que solo los entes como Imo podían entrar y salir a su antojo.

—Buenos días —dijo Imo presentándose en la oficina de su jefe—. Creo que el señor Pleasantry quería verme.

—Buenos días —respondió la secretaria mirándole por encima de los cristales de sus gafas de cerca—. Sí. Creo que sí, emm...

—Imo —contestó el ente, dando un paso al frente.

—Imo, cierto. Puede pasar —le indicó secamente señalando hacia la puerta del despacho.

El ente cruzó la sala mientras la secretaria lo observaba detenidamente.

Imo, ignorando la inquisitiva mirada, se detuvo y llamó a la puerta de su jefe un par de veces. La abrió antes de que alguien pudiese contestar. Del otro lado no había más que un gigantesco espacio diáfano con una mesa y una butaca de escay en el centro. Sentado en ella, otra entidad al igual que Imo, de formas poco definidas y semitranslúcido, le miraba con gesto amable a través de unas redondas gafas negras. El suelo del despacho estaba recubierto de una ondulante neblina que todo lo cubría. Paredes y techo estaban tan distantes entre ellos que parecía que la sala estuviese ubicada a cielo abierto sobre una nube.

—Buenos días —dijo vacilante mientras se asomaba.

—¡Imo! ¡Pasa, pasa! —dijo el señor Pleasantry con un gesto, sin levantarse de su asiento—. Siéntate, por favor.

—Gracias, señor Pleasantry —respondió con sumisión y nerviosismo, acercándose dubitativo a la mesa de su superior.

—Bueno, Imo —exclamó la entidad ectoplasmática dando una palmada y sonriendo—. ¿Cuánto tiempo llevas con nosotros ya? ¿Cien? ¿Doscientos millones de años?

—Dos mil millones, señor —aclaró el ser titubeando.

—¡Dos mil millones de años! Madre mía, cómo pasa el tiempo, ¿eh?

—Sí, señor, vuela que es una barbaridad —asintió el ente.

—Bueno, Imo. Te estarás preguntando por qué te he llamado.

—Pues la verdad es que sí, señor Plesantry.

—George —le corrigió el jefe tosiendo para aclararse la voz—.
Por favor, llámame George.

—De acuerdo, George. Disculpe.

—Dime, Imo. ¿Estás a gusto en la empresa?

—Ya lo creo, señor George.

—Mejor George a secas —interrumpió el patrón arrugando la nariz.

—Oh, de acuerdo —prosiguió Imo cortado—. Bien. Como lo decía, George, estos han sido los mejores eones de mi vida. Mi trabajo me encanta y espero poder seguir trabajando para usted otros tantos años, si usted me lo permite.

—A eso iba, Imo —le interrumpió el señor Plesantry chasqueando la lengua y soltando un amargo suspiro—. A eso iba.

A Imo se le borró la incipiente sonrisa de la cara. Esto ya no tenía tan buena pinta.

El jefe se reclinó en la butaca de escay mientras repiqueteaba sobre la mesa pensando de qué modo encauzar la conversación para hacerla menos traumática.

—Imo —prosiguió—, iré al grano: quien estabas supliendo se incorporará de nuevo el martes.

—¿¡Ya!? ¿¡Tan pronto!? —exclamó decepcionado—. ¡Pensaba que las bajas por maternidad duraban al menos 100 siglos!

—Eso no es cierto. No sé quién te habrá informando, pero...

—Gary, de Contratación. Él me dijo que...

—Bueno, es igual, ya hablaré con él —añadió el jefe zanjando el tema—. Mira, hijo, sintiéndolo mucho, debemos prescindir de tus servicios por ahora. Como sabes, la empresa no pasa por uno de sus mejores momentos actualmente.

—Pero pensé que cuando acabase mi suplencia me harían fijo. Me esfuerzo mucho en hacer bien mi trabajo. ¡Y sin rechistar!

—Lo sabemos, hijo, no tenemos ninguna queja de ti, pero debemos hacer recortes de plantilla. No podemos hacer fijo a nadie más. Ojalá dependiese de mí.

—Pero ¿y toda mi experiencia? ¿Y todos los cursos que me han dado? ¡Hace tan solo un mes que hice el de mover el monomando de la ducha a agua fría cuando el humano se está aclarando el pelo! —confesó indignado—. Han invertido tanto tiempo en formarme. ¿No se tiene eso en cuenta?

—Claro que sí, Imo. Cuesta mucho instruir a un buen ente como tú. Siempre que salga alguna pequeña suplencia de 1.000 o 2.000 años serás el primero al que llamemos.

—Para tan poco tiempo ni me muevo del sofá —masculló con descaro cruzándose de brazos.

—¿Cómo dices?

—Digo que también es mala suerte. Veinticuatro trillones de empleados y no pueden hacerse cargo de uno más.

—Sí, hijo, sí. Sé que es duro, pero me temo que así es. Ojalá pudiese despedir a alguno de mis miles de sobrinos y darte su puesto, pero el limbo es duro —aclaró el jefe ensimismado, acariciando un penacho de neblina que se elevaba del suelo.

—Ya —murmuró entre dientes juzgándole con resentimiento—. ¿Y qué les ocurrirá a mis *afectados*?

—¿A tus afectados? Biennn. Supongo que no pasará nada porque algún humano no tenga a una entidad *incordiante* que les moleste —concluyó encogándose de hombros sin dar mayor importancia.

—Eso no es lo que me dijeron en el curso de nuevo ingreso —subrayó incisivamente el ente.

—Bueno, Imo, ya sabes cómo va esto. No hay que seguirlo todo al pie de la letra —apuntó tratando de quitar hierro al asunto—. Además, la señoraaa... —dijo el señor Plesantry repasando un informe— Lobek...

—Lübbeck —le corrigió rápidamente Imo.

—Eso. La señora Lübbeck murió el mes pasado, ¿no es correcto?

—Sí —afirmó Imo.

—Por lo tanto, ahora solo estás a cargo de un solo afectado, si no me equivoco, ¿cierto?

Imo asintió con resignación.

—Un joven escocés, creo. Un tal K. Finley, ¿puede ser?

—Así es.

—Bueno, entonces supongo que algún otro ente tendrá que hacer horas extras y encargarse del chico.

—¡Pero yo ya le conozco las manías! —exclamó el ser incorporándose—. ¡Sé lo que molesta y lo que no! ¡Solo yo sé dónde están sus calcetines desparejados! ¡Llevo con él más de 30 años siendo su entidad incordiante! ¡Seguro que se da cuenta si me sustituyen por otro!

—Imo, por favor, sosiégate. Lo siento, pero no hay nada más que hablar —concluyó cerrándose en banda y guardando el informe—. Si quieres que te hagamos una carta de recomendación habla con mi secretaria. Yo mismo estaré encantado de...

—¡Ya, claro! ¿Y qué hago? ¿Dónde voy? ¿Me hago *freelance*? ¡Hasta para encantar una casa están pidiendo títulos! ¡Yo solo sé hacer esto! ¡Tengo facturas que pagar! ¡Me acababa de comprar un coche etéreo!

—Créeme que lo siento, hijo, pero estoy atado de extremidades no corpóreas —se excusó apartando la mirada.

—Genial. Sencillamente estupendo —añadió Imo decepcionado negando con la cabeza—. Bueno, señor Plesantry. Mucho gusto —atajó bruscamente marchándose de allí.

Imo se fue muy enfadado del despacho de su jefe. No podía creerlo; la primera vez que le llamaban en tanto tiempo y era para despedirle. Con todo lo que él había hecho por la empresa y ni tan siquiera un *gracias* le dieron.

El ente se marchó lleno de impotencia a su casa. Vagaba sin prisa ni rumbo, refunfuñando por las brumosas y solitarias calles del limbo que le separaban de su hogar, sin saber muy bien qué iba a hacer ahora con su vida. Siguiendo un errático camino, el ente tardó más de lo habitual en llegar a su piso. La vivienda no era como nosotros la entendemos; una cegadora luz blanca, una sen-

sación abrumadora de amplitud y una persistente niebla, al igual que en el resto del limbo, lo inundaba todo. Un espacio atemporal de múltiples dimensiones en el que Imo descansaba y en el que solo él podía entrar, que para eso era él quien la pagaba. A pesar de que los entes no necesitan dormir, a Imo no le iba mal reposar de tanto en cuando, pero ese día su atormentada mente no le dejaba. Cientos de preguntas rondaban su cabeza. ¿Qué iba a hacer ahora? ¿A qué se iba a dedicar? No sabía hacer otra cosa. Además, aunque su hogar no era como los nuestros, su hipoteca sí lo era.

—¡Qué mala pata! ¡Ahora que me quedaban solo millón y medio de cuotas por pagar! —se lamentaba.

Imo era muy suyo y no tenía muchos amigos; su excéntrica personalidad no casaba mucho con el resto de grises y aburridos entes. Además, sus familiares más cercanos hacía ya muchísimos años que se habían marchado. Se puede decir que el ente estaba solo. Bueno, realmente no estaba solo del todo. Conocía muy bien a alguien, aunque ese alguien todavía no le conociese a él. Al menos formalmente.

—¡Qué narices! —se dijo con decisión incorporándose de la cama—. ¡Me voy de aquí!

Imo no se lo pensó. Se largó de su dimensión con lo puesto. Es la ventaja de ser una abstracta entidad impalpable: uno no necesita hacer las maletas.

Mientras tanto, muy lejos de allí, si se puede hablar en términos de distancia, un enjuto escocés, con un repeinado tupé rubio y rojiza barba rala, recorría a toda prisa la Royal Mile. Era otoño y poco faltaba para ponerse el sol; hacía bastante frío. La llovizna que caía sobre él estaba comenzando a dar paso a unas gotas más frías y gordas, y a diferencia de sus acostumbrados compatriotas, a Kyle Finley le molestaba bastante mojarse, aun siendo el pan de casi cada día. No llevaba paraguas y la casaca de corte militar que llevaba, junto a los tejanos azules, se le comenzaban a mojar. El joven aceleraba torpemente el paso sobre el húmedo adoquinado de

la concurrida calle. Recorría la popular calle del corazón del viejo y majestuoso Edimburgo cargado con varias bolsas de la compra. A pesar de que tenía que tomar dos autobuses para llegar a casa, a Kyle le encantaba ir al Old Town a comprar. Lo que eran solemnes y esplendorosos edificios de piedra de picudos tejados en un día soleado, testigos de tiempos más lóbregos y misteriosos, eran solo fríos y grises en ese día nublado, pero llenaban al chico de una sana nostalgia que le encantaba sentir. Dejando la calle principal a su espalda, Kyle llegó a la parada de autobús, bien pasada la base del castillo de la ciudad, donde primero tenía que coger el 33, para más tarde bajar y subir al número tres. Este le dejaría cerca de su pequeña casita unifamiliar en un barrio residencial de casas bajas adosadas al oeste de la ciudad.

El chaval miraba absorto el castillo a lo lejos mientras esperaba. Parecía que las rocas sobre las que descansaba la imponente fortaleza las habían hecho brotar de debajo de la tierra. Pensó que las nubes de tormenta de fondo realzaban aún más el aspecto sombrío del lugar. Lamentó no tener batería en el móvil para inmortalizar la escena con una foto.

—¡Ey! ¿Subes? —preguntó el impaciente conductor de un autobús que acababa de parar, de cuya presencia Kyle ni se había percatado, víctima de su pasmo.

—¿Eh? —respondió dubitativo el joven, comprobando el número 33 en el frontal del parabrisas—. Sí, sí, perdón. Subo.

Kyle se adentró en la parte trasera del transporte que marchó sin demora calle abajo.

Media hora más tarde, con cambio de autobús de por medio, el chaval se bajó en una marquesina a cinco minutos de su casa. Para entonces ya llovía bastante más. Kyle, con el ceño fruncido, maldijo su suerte mirando hacia arriba; se iba a calar. Corría dando cómicas zancadas cargado con las bolsas y agachando la cabeza, como si eso ayudase a que tardara más en mojarse. Para recortar unas insignificantes décimas de segundo y llegar así antes a la puerta de casa, atajó pisando sin

ningún cuidado ni consideración el jardín de sus vecinos, el señor y la señora Francis.

El joven, empapado, rebuscaba en sus bolsillos las llaves de casa. El tener ambas manos ocupadas con la compra no lo ponía fácil, y Kyle era demasiado testarudo para dejarlas en el suelo.

—¿¡Dónde están mis llaves!?! —decía el chico mientras se palpaba los bolsillos de la chaqueta con los puños cerrados con los que sujetaba las bolsas—. ¡Bfff! ¡Al final tendré que dejarlas en el suelo! —se quejó resoplando contrariado.

Kyle claudicó y las dejó en el suelo para poder sacar las llaves y así abrir la puerta.

—¡Ya estoy aquí, chicos! —dijo cruzando el umbral y saludando a sus inexpresivos peces de colores, sus únicos compañeros de piso—. ¿Me habéis echado de menos? ¿No? Bueno, ya veo que no —sentenció ante la indiferencia de los animales.

La casa del escocés no era muy grande. Estaba adosada a la de los Francis por su derecha. Al otro lado, un descuidado jardín de pocos metros había hecho las veces, aunque Kyle no tenía coche, de plaza de *parking* durante la estancia de sus anteriores inquilinos. Unas roderas casi siempre encharcadas donde ya no crecía la hierba así lo atestiguaban.

Dejando atrás el acuario con verdín sobre un viejo mueble en el recibidor, el pasillo se bifurcaba a la izquierda en la parte más grande de la casa: el comedor. Chimenea, sillón, mesita de centro sobre una alfombra y sofá llenaban todo el espacio. Al frente dos habitaciones albergaban ropa, cama y trastos del chico. A la derecha se situaba una pequeña pero mona cocina: visillos de punto colgaban de la ventana y adornaban la encimera y la mesa para comer. Todo estaba decorado al antojo de la anciana señora Douglas, la propietaria. Al vivir de alquiler, el chico no se iba a molestar en reformar y dejarlo todo a su gusto. Bien es cierto que la casa, aunque era muy hogareña, podía resultar demasiado rancia y antigua para los amigos del chico, aunque francamente no era algo que le importase mucho.

Kyle se dirigió a la cocina y dejó la compra en la mesa. Volvió al recibidor, se quitó la empapada chaqueta y la colgó en la percha. Mientras se sacudía el pelo con las manos para secárselo, le pareció ver de reojo algo en el suelo. En su ausencia, el cartero había echado unas cartas por debajo de la puerta. Se agachó a recogerlas.

—A ver... Facturas, facturas y... —dijo abriendo la última carta con desidia— ¡una muestra de detergente! Vaya, debe ser mi día de suerte.

Kyle fue hasta el comedor echando un vistazo al correo.

—¡Cien libras en luz! ¡Venga ya! Voy a tener que volver a llamar a esa gentuza. ¡Otra vez igual! —exclamó enfadado por lo que creía una reiterada estafa.

El chico estaba tan enfrascado en sus pensamientos que ni se dio cuenta de la presencia que estaba esperándole en su sala de estar. Kyle tiró de mala gana el correo encima de la mesita de centro y volvió a la cocina a almacenar la comida. Mientras guardaba la fruta en la nevera le pareció oír un ruido en la entrada. Se asomó al pasillo y vio su chaqueta en el suelo: se había caído de la percha. La recogió, la sacudió y la colgó de nuevo refunfuñando.

Volvió otra vez a la cocina para seguir guardando las cosas en los armarios. Apartando el visillo, miró por la ventana sobre el fregadero y observó que aún diluviaba. Al salir de nuevo al pasillo vio en el suelo las tres cartas. Se giró extrañado y se quedó contemplando la mesita de la sala de estar, donde creía haberlas dejado hacía tan solo unos segundos. Kyle empezaba a estar mosqueado.

—¿¡Pero qué...!?! Si las dejé ahí encima.

El chico se agachó de nuevo para recogerlas y volvió al comedor a dejarlas otra vez sobre la mesita.

—¡Y no os mováis de ahí o esta vez os clavaré a la mesa! —amenazó a los rebeldes papeles.

A la vez que estallaba un trueno, Kyle levantó la mirada y se llevó el susto de su vida: un orondo hombre vestido de época le observaba sentado en un sillón lanzándole una tímida sonrisa.

—Hola, Kyle —dijo el desconocido saludando cómicamente con los dedos—. ¿Qué tal estás?

—¡Aahhh! —exclamó el chico dando varios pasos hacia atrás y cayéndose de culo en el sofá—. ¿¡¡Qui..., quién es usted!!? ¿¡Y cómo ha entrado en mi casa!? —gritó alterado por el susto.

—Menos lobos, que aún es del banco, chico.

Kyle, atónito, miraba de arriba abajo a ese hombre que le acababa de vacilar en su propio hogar. El extraño se estaba fumando un puro, llevaba sombrero, pajarita e iba vestido con un traje oscuro a rayas.

—Dicen que las rayas adelgazan. ¿Qué opinas tú, Kyle? —añadió el hombre colocándose de perfil y frotándose la panza.

El joven estaba desconcertado. A pesar de lo raro de la situación, había algo en ese desconocido que resultaba muy familiar.

—¿¡Qui..., quién es usted!? —inquirió de nuevo, aún nervioso.

—A ver si lo adivinas, Kyle —repuso el extraño con tono enigmático—. Te daré una pista: «No tengo nada que ofrecer sino sangre, esfuerzo, sudor y...» No, esa frase no es muy tranquilizadora. Mejor esta: «Nunca en la historia tantos debieron tanto... —dijo el hombre haciendo un gesto para que Kyle acabase la frase— a..., a tan..., a tan po...» ¿No? ¿¡No te suena!? ¡Venga ya!

Kyle, petrificado, seguía mirando a ese hombre sin tener ni pajolera idea de qué ocurría ni qué podía querer de él.

—Se..., se parece usted mucho a... No puede ser. ¿¡Es usted Winston Churchill!? —preguntó balbuceando desconcertado—. ¿¡Pero no estaba muerto!?

—¿¡Muerto, dices!? ¡Deberías saber que no hay lápida que pueda retenerme, Kyle! —repuso el hombre sobreactuando de mala manera—. Ja, ja, ja, perdona, chico, es broma. En honor a la verdad debo decir que no, no soy Winston Churchill, pero pensé que, si debía aparecer de repente en tu casa, mejor hacerlo bajo la apariencia de alguien a quien profundamente admiras, ¿no? No quería que te asustaras.

—¿¡Winston Churchill!? ¿¡Que yo admiro a Winston Churchill!? —exclamó el joven arqueando una ceja.

—Hombre, yo pensé que como inglés que eres...

—Para empezar, soy escocés, pero nacionalismos aparte, hay cientos de personas que admiro más que a Winston Churchill. Sí, es cierto que hizo grandes cosas por el país, pero...

—Bueno, creí que como había sido elegido el inglés más influyente del siglo xx, pensé que causaba furor entre los jóvenes —se disculpó perplejo el desconocido.

—¡Oye, da igual! —exclamó Kyle deseando acabar ya la estúpida conversación que no llevaba a ningún lado—. Te lo repito: ¿¡Qué demonios haces en mi casa y quién eres!?

—¡Ey, ey, ey, tranquilo! ¡Menudo genio gasta el chico! Ya sabía yo que me tenía que haber aparecido como el príncipe Carlos.

—Sí, mucho mejor, dónde va a parar... —resopló el chico.

—Verás, Kyle Finley, tú no me conoces a mí, pero yo a ti sí. De hecho, te conozco desde que naciste. Mira, iré al grano: hace 31 años fui asignado a ti como tu entidad incordiante. Bueno, también fui al mismo tiempo la entidad incordiante de una señora de Dusseldorf, pero la pobre mujer ya pasó a mejor vida. Por cierto, no me presenté, ¿dónde están mis modales? Me llamo Imo —dijo el ente con una sonrisa, alargándole la mano.

—¿Imo? ¿Qué clase de nombre es Imo? —replicó el chico dándole la mano con recelo—. Parece nombre de compañía de telefonía móvil barata.

—¡Pues bien bonito que es! —repuso el ser ofendido, a la par que sorprendido.

—¡Venga ya! ¿¡Pero qué narices me estás contando!?! ¡Ya está bien! ¿¡Dónde están las cámaras!?

—¿Cámaras? ¿Qué cámaras? —replicó el ser mirando confundido a su alrededor.

—No te hagas el listillo conmigo, Winston Spencer Churchill de tres al cuarto —exclamó Kyle apuntándole amenazante con el dedo—. Esto es un programa de esos de cámara oculta, ¿no? ¡Seguro que esto ha sido cosa de Ian o Tiffany!

—Está bien. ¿Quieres que te lo demuestre? —preguntó el ser al ver la terca incredulidad del chico.

—¿El qué?

—Demostrarte que soy un ser etéreo capaz de adoptar la forma que quiera, volverme invisible, aparecer allí donde se me antoje y realizar imposibles tan solo con un chasquido de dedos, sin que tu menguada mente de pobre mortal imagine remotamente cómo ha podido suceder.

—Mmm..., vale —respondió Kyle desafiante, de brazos cruzados.

—Mira y aprende, chaval —añadió Imo moviendo cómicamente de nuevo los dedos.

Ante un perplejo Kyle, la forma de antiguo primer ministro británico que Imo había adoptado transmutó de golpe a la de otro hombre de pelo blanco y también de aspecto mayor. Ahora lucía una especie de casaca azul marino con varias medallas encima. Tenía aspecto de un respetable capitán de navío y le faltaba el brazo derecho.

—¡No puede ser! —exclamó Kyle agarrándose con las uñas al reposabrazos del sofá—. ¿¡Cómo has hecho eso!?

—Ya te lo he dicho, Kyle. Puedo transformarme en lo que sea, pero vaya, eso es lo menos alucinante de todo lo que sé hacer. No sé por qué te sorprende tanto.

—Hombre, entro en mi casa y me encuentro a Winston Churchill, que me dice que en realidad no es Winston Churchill, sino un fantasma molestor que...

—Entidad —le corrigió Imo levantando el dedo índice—. Entidad incordiante, por favor. Habla con corrección, que no cuesta una mierda.

—Bueno, *una entidad* que de repente, con un chasquido, se transforma en, en... Por cierto, ¿quién eres ahora? —preguntó frunciendo el ceño.

—¿¡Qué!?! ¿¡Que quién soy ahora!?! ¡Será posible! —espetó el ser llevándose a la cabeza la única mano que ahora tenía—. ¿¡Dónde estudiaste, chaval!?

—¿Yo? Pues en una escuela pública —aclaró el joven escocés.

—¡Soy el maldito almirante Nelson! ¿¡No es obvio, acaso!? Trafalgar, ya sabes... ¡Hay una plaza enorme en medio de Londres en su honor! Londres sí que te suena, ¿verdad? —preguntó el ente sarcásticamente.

—Venga, hombre, no te pareces en nada. No está nada conseguido el personaje.

—¿¡Qué!? ¿¡Que no está conseguido!? ¡Serás mequetrefe! ¡Que lo pasen por la quilla! —exclamó teatralmente al aire—. ¡Qué sabrás tú! ¡Que sepas que yo mismo fui la entidad incordiante del cocinero del HMS Victory! ¡Veía al almirante Nelson a diario!

—¿Victory? ¿No fue en ese barco donde murió, en la batalla de Trafalgar?

—Sí, bueno. Éramos demasiadas entidades ese día y se nos fue un poco de las manos —confesó entre dientes bajando avergonzado la mirada.

—Oye, tío, basta de chorradas. Mira, lo de transformarse es alucinante, mola mucho y no tengo ni idea de cómo lo has hecho, pero me cuesta horrores creer todo lo que me estás contando.

—¿¡O sea que aún no me crees!? Normal, con la televisión e internet, a los chavales de hoy en día ya no hay nada que os impresione. ¡Cuánto más fácil hubiese sido convencer a alguien del siglo xv!

—Qué sabrás tú del siglo xv —se rio con menosprecio Kyle.

—¿¡Que qué sabré yo!? Aún no lo entiendes, ¿verdad, chico? Desde mucho antes de que el mundo fuese mundo, los míos y yo ya estábamos aquí. Milenios antes de que tu tata-rabuelo naciese yo ya tenía las gónadas ectoplásmicas peladas de molestar a los humanos. Desde el Big Bang mis semejantes han estado fastidiando a cientos de miles de millones de átomos, protocélulas, dinosaurios, australopitecos y seres humanos.

—¿Dinosaurios? ¡Ja! ¿Cómo se puede molestar a un dinosaurio?

—Haciendo que le picara una oreja, por ejemplo. Con esos bra-citos era imposible que se llegaran para rascarse.

—No tenían orejas esos bichos —repuso Kyle poco impresionado.

—No sabes ni cómo era el almirante Nelson; no me vengas tú ahora a dar lecciones de paleontología.

—*Okey*, muy bien. Pongamos que te creo —expuso desafiante cruzándose de brazos—. Explicame entonces qué es lo que hace exactamente una *entidad incordiante* como tú.

—Me alegra que me hagas esa pregunta, Kyle. Aunque, por otra parte, lo lógico hubiese sido que me lo hubieses preguntado hace ya bastante rato. Pasaré por alto tu falta de curiosidad y te lo explicaré de todos modos.

Imo tragó saliva y prosiguió mientras se paseaba por la sala de estar con aires de grandeza

—Kyle, Kyle, Kyle... ¿No te molesta cuando vas por la calle y se te desata un zapato?

—La verdad es que sí.

—Normal; a todos os molesta. ¿Y qué me dices de cuando te vas a poner una camisa, metes un brazo por una manga, y con el otro brazo buscas y buscas la manga que queda, pero no la encuentras porque te das cuenta de que está vuelta del revés?

—Sí, también molesta, pero vaya, que puedo vivir con ello.

—Kyle, se trata solo de fastidiar, no de provocarte el suicidio.

—Pues menudo trabajo —resopló poco impresionado.

—Por no hablar de cuando llueve después de lavar el coche, que se te bajen poco a poco las mangas que previamente te remangaste para fregar los platos, hacer que se te olvide si cerraste con llave la puerta de casa una vez ya te fuiste, ponerte el pantalón del pijama siempre con el lado de la etiqueta por delante, desparejar tus calcetines. ¿Y qué me dices del mando de la tele? ¿No es un poco sospechoso que no funcione, le des unos golpecitos y ya vaya? ¡Por favor, no sé cómo no os dais cuenta!

—Mira, lo de los calcetines pasa, pero lo de las mangas... ¡Eres un monstruo! —exclamó el joven escandalizado.

—No te pongas así, hombre, no es nada personal —dijo temeroso dando un paso hacia atrás—. Yo solo hago mi trabajo.

—¡Pues vaya modo de ganarse la vida! ¿Y qué se supone que ganáis con ello!?

—Mi empresa no sé qué sacará de ello, pero a mí, hasta hace poco, me servía para pagar las facturas.

—¿Facturas!? ¿Un fantasma!?

—¡Y dale con el fantasma! ¿Dónde ves la sábana y las cadenas!?

¡Que soy un ente! ¡Que tengo estudios, chaval! A diferencia de otros, yo sí pude ir a una escuela privada —le restregó Imo por la cara—. Y sí: tenía y sigo teniendo muchas facturas que pagar. En parte por eso estoy aquí.

—¿Acaso crees que te las pagaré yo? —se mofó Kyle.

—Sería un detalle, pero en el limbo no aceptan libras esterlinas. Además, al cambio seguro que perdería dinero.

—Mejor —respondió aliviado el joven—. Pero, volviendo a lo de antes, sigo sin entender por qué tu gente se dedica a lo que se dedica.

—¡Cómo sois los humanos! Siempre queriendo buscarle el sentido a todo. Pregúntale a una planta por qué hace la fotosíntesis, a ver qué te dice. Te dirá que porque es lo que tiene que hacer. ¿Por qué trabajas tú?

—¿Yo? Pues para pagarme esta casa y para poder comer, fundamentalmente.

—Ya. Y una vez tienes cubiertas las necesidades básicas que son tener un sitio donde dormir y el comer, ¿qué toca?

—Pues la otra necesidad básica —respondió Kyle mostrando una media sonrisa.

—Cuanto menos hablemos de esa necesidad básica, mejor. En serio, no es sano hacer eso tantas veces al día.

—¡Me refería a ir al baño! —exclamó el chico ofendido.

—Ah, sí, claro... Bueno, ¿y cuando también tienes ya esa necesidad cubierta?

—Pues queda vivir lo mejor posible, supongo.

—Ya. ¿Pero con qué fin? ¿Por qué estamos aquí?

—No lo sé, almirante —respondió Kyle con sorna—. Supongo que esa es la eterna pregunta.

—Exacto, no lo sabes. Ni yo tampoco. Solo sé que es lo que los míos han hecho siempre y que es lo que yo también tengo que hacer. La naturaleza tiende al caos, nosotros únicamente nos encargamos de echarle un cable. Imagínate un lugar donde todo saliese bien. Píllando siempre todos los semáforos en verde, donde nadie perdiese el autobús por los pelos, un mundo donde la cremallera de la braguita no se atascara de repente pellizcándote el escroto a traición...

Kyle hizo una mueca de dolor llevándose las manos a la entrepierna.

—Una realidad —prosiguió el ente— donde te dices cuenta, antes de echártelo, de que en el bote ya acabado de champú solo queda agua fría con espuma. Un planeta donde los extintores del maletero no reventasen, llenando así el coche de polvo blanco y haciendo que perdieses el control, saliéndote de la carretera y dando tres vueltas de campana.

—La verdad es que eso último no me ha pasado nunca —confesó Kyle aliviado.

—¿No? Vaya, será por eso que nunca me hicieron supervisor. Bueno, da lo mismo ya. Imagínate un mundo así. ¿Qué? ¿Cómo crees que sería? ¿Eh, listillo?

—Pues supongo que genial, ¿no?

—Emm, sí... Bueno, supongo que sí, pero... —dijo Imo descolocado rascándose la coronilla—. Bien, no importa. Me acabo de quedar en el paro, así que estás de suerte, chaval. Deseo cumplido: ya no tienes entidad incordiante. No más nudos imposibles en los zapatos, no más libros que se cierran cuando has sacado el punto de libro, no más cucharas salpicando de un modo completamente desproporcionado cuando las lavas bajo el grifo, no más últimas almendras amargas que te amargan el resto que te comiste previamente y no más cortaúñas que desaparecen mágicamente de su cajón.

—¿¡Así que eras tú también!? ¡No tienes vergüenza! ¿¡Sabes la de cortaúñas que me he llegado a comprar!?

—Vamos que sí lo sé... Tengo el baño de casa lleno —rio Imo.

—¿Y lo de tirarme la chaqueta del perchero cuando llegué? ¿Hacía falta? —preguntó el joven con los brazos en jarra.

—En realidad, eso fue casualidad. Bueno, no tanta casualidad... La verdad es que la colgaste fatal.

—Ya. ¿Y qué me dices de las cartas en el suelo? ¿Tampoco fuiste tú?

—Tampoco. Te lo juro por la suprema entidad primigenia —confesó Imo besándose índice y pulgar—. Debió de ser el viento que entró por la ventana. De hecho, mira la que está cayendo... Incluso han dicho por la tele que se avecina una peor. Espero que no te importe que la estuviese viendo mientras te esperaba. Me aburría mucho y no tienes ni una maldita revista que ojear en toda la casa.

—¡Ahora entiendo por qué pago tanto de luz! —dijo señalando la factura que estaba sobre la mesita—. ¡Tengo un ente gorrón que ve la tele cuando no estoy en casa!

—Ya, y supongo que el hecho de que tengas las estufas a tope con las ventanas abiertas en plena tormenta no tiene nada que ver, ¿no? ¡Venga ya! A otro con esas.

—Bueno, ¿y por qué has venido a mí concretamente? ¿Por qué yo y no otro?

—No te creas tan especial, Kyle. Ha dado la casualidad de que yo fuese tu entidad incordiante. Verás, desde el granjero en Australia que ordeña su cabra y esta le da una patada al cubo, tirando toda la leche al suelo, hasta el millonario que raya su Lamborghini con una columna en un *parking* de Montecarlo, todos tenéis a una entidad incordiante para haceros algo menos llevadera la vida. Pero a ti, mi nuevo mejor amigo, ya nadie te va a incordiar nunca más. Mi desgracia ha sido tu fortuna.

—Vaya, qué suerte la mía... —se mofó Kyle sin entusiasmarse demasiado—. ¿Y a cambio de qué, Imo?

—Verás, Kyle. Quiero proponerte un trato. Te haré una oferta que no podrás rechazar —añadió Imo transformándose de golpe en Vito Corleone—. Este sí que sabrás quién es, ¿no?

—Sí, Imo. He visto *El padrino* —confesó Kyle poco sorprendido—. Pero la voz no se parece en nada. Parece más bien que te estén apretando tus gónadas de plasma.

—Vaya, vaya. Eres un chico duro de impresionar, ¿eh? —dijo colocando una mano sobre el hombro del joven—. No importa. Si algo me ha dado la vida eterna es paciencia. Sé que al final me ganaré un sitio en ese pequeño trozo de carbón al que llamas corazón.

—Imo, a diferencia de ti yo soy mortal; no tengo toda la eternidad. Venga, por enésima vez, ¿por qué estás aquí?

—Ya te lo he dicho, no tengo trabajo. Estoy en paro. Y por no tener, tampoco tengo ni amigos.

—¿Acaso no te relacionabas con nadie de tu trabajo?

—Sí, pero eran todos tan aburridos. Solo iban de su espacio abstracto privado unipersonal al trabajo y del trabajo a su espacio abstracto privado unipersonal. No sabían pasárselo bien. No me malinterpretes, la verdad es que en mi trabajo siempre me divertí mucho. Es genial hacer rabiar a la gente, pero cuando llevas tantos años, al final se hace tedioso. Intenté reinventarme creando nuevas maneras de incordiar, pero al final siempre es lo mismo. Bueno, a lo que iba, que no quisiera empezar a divagar.

—No, por Dios.

—Te ofrezco mi ayuda, Kyle. No solo disfrutarás de la nada desdeñable ventaja de no volver a tener un mal día, sino que además, y por el mismo precio, puedo ayudarte a medrar en tu trabajo relaciones sociales, amorosas, etcétera, etcétera.

—¿Medrar? —preguntó Kyle confuso.

—Quiere decir mejorar.

—Ya sé lo que significa, Imo —aclaró ofendido.

—Ah, como me dijiste lo de la escuela pública...

—Me refiero a que cómo vas a conseguirlo, listillo.

—Pues un chasquido de dedos por aquí y te toca la lotería, un guiño por allá y esa chica se enamora de ti. Ya sabes, lo que vienen siendo truquillos de ente guay para gente guay.

—Me parece patético que alguien se enamore de mí mediante magia negra.

—Primero de todo: lo patético es estar aún soltero a tu edad y que las únicas hembras que hayan visto esta casa sean esos escalares grises que tienes en el acuario. Segundo: no es magia negra, tengo un posgrado en Encantamiento Aplicado a la Mediana Empresa, y tercero: donde dije que una chica se enamore, cámbialo por lo que más ilusión te haga. No serán hombres, ¿no? —preguntó Imo arqueando pícaramente una ceja.

—¡No! ¡No son hombres! —repuso Kyle rápidamente.

—No, si a mí me da igual —confesó el ser encogiéndose de hombros—. En fin, da lo mismo, era solo un ejemplo.

—Vale, pongamos que acepto. ¿Qué quieres a cambio? —inquirió Kyle mosqueado por el repentino altruismo.

—¿Que qué quiero? Tu amistad. Simple y llanamente.

—¿Mi amistad? ¿Y ya está?

—Sí, tu amistad. ¿Tan raro es? Hubo una época en la que eso valía más que el dinero. Bueno, quien dice amistad dice también conversación, compañía, intercambio de opiniones, un techo bajo el que dormir, que no es que me haga falta porque soy un ente, pero así estoy más recogido. Ya sabes, ese tipo de cosas. ¡Ah! ¡Y un día a la semana quiero hacer un fuerte con los cojines del sofá y jugar a los asedios!

—Imo, ¿seguro que viniste por voluntad propia? No te echarían de tu mundo, ¿no? —preguntó Kyle rascándose una ceja.

—Tu sarcasmo, lejos de herirme, hace que quiera aún más ser tu amigo. La ironía es un signo de inteligencia.

—Ahórrate los cumplidos conmigo. Odio a los pelotas.

—*Okay*, entendido. Pero venga, contesta. ¿Qué me dices?

—¿Y no preferirías encantar una casa o poseer un cuerpo?

—¡Por favor! No me pasé tres años en la Facultad de Incordio para acabar metiéndome dentro de una adolescente, hacer que le

dé vueltas la cabeza y que arroje esputos mientras insulto a un cura que intenta exorcizarme. ¡Qué imagen más manida! Eso es de ente que solo quiere llamar la atención.

—Pero, Imo, si como tú dices, todo el mundo tiene a una entidad incordiante a su lado todo el día...

—En realidad es durante unas 12 horas. Sin contar la hora para comer —interrumpió Imo—. Es por convenio. No te creas que me paso el día entero a tu lado.

—¡Déjame hablar, hombre! —exclamó Kyle harto de interrupciones—. Si todo el mundo tiene a un excompañero tuyo a su lado casi todo el día, ¿no se darán cuenta de que me estás ayudando si alguno nos ve juntos?

—¡Por favor, Kyle! ¡Mi empresa es como un ministerio! ¿Sabes la de gente que hay allí? La mitad están demasiado ocupados tratando de justificar su sueldo cuando realmente no están haciendo nada. Ni se darán cuenta. Además, adoptaré forma humana y así podré pasar desapercibido por si algún conocido me viese.

—Muy bien, Imo —dijo el chico con solemnidad—. Acepto tu trato, pero antes...

—Dime.

—Quiero saber cómo eres realmente.

—¿Qué? ¿Que cómo soy? Pues sensible, amigable, me gusta la comida pero no cocinar, los barcos pero no el mar, los gatos, el cine independiente y en verano me encanta observar las estrellas. Se siente uno tan pequeño... ¿Realmente crees que estamos solos en el universo, Kyle?

—¡Me refiero a saber cómo eres físicamente!

—Pero, Kyle, en la Tierra no hay tantas dimensiones como en el sitio del que provengo. No podría adoptar la misma forma que tengo allí. Realmente, soy más un concepto abstracto que algo palpable. Algo metafísico. Es como si me pidieses que te pasase algo que está en kilómetros hora a toneladas: no se puede.

—Déjate de rollos. Si vamos a ser amigos quiero ver tu aspecto.

—Bien, chico, si insistes... Intentaré que sea algo bastante apro-

ximado a la realidad.

Imo volvió a chasquear sus dedos y Vito Corleone pasó a ser una especie de ameba de gran tamaño, gaseosa y traslúcida, que emanaba luz y que levitaba en el aire.

—¡Tachán! —dijo Imo ahora con una aguda y reverberante voz—. ¿Qué te parezco?

—Pues que, como Vito Corleone, el parecido está casi más conseguido ahora que antes —apuntó el joven cegado por la luz que desprendía el ser.

—Ja y ja. Muy gracioso. ¿Entiendo que puedo volver a adoptar forma humana para comodidad de ambos?

—¿Estás incómodo así?

—Hombre, estoy en pelotas. Es un poco embarazoso para mí, la verdad. Además, si supieses dónde me estás mirando ahora mismo...

—Hombre, no tengo ningún punto de referencia a dónde mirar. Es todo tan... amorfo.

—También podrías haber dicho homogéneo.

—Sí, eso, homogéneo —corrigió el chico ya tarde.

—Si no te importa, volveré a adoptar una forma humana y así me podrás volver a mirar a los ojos. Pervertido.

—Sí, mejor —asintió el joven.

—¿Quién quieres que sea? ¿William Wallace? ¿Ricardo III? ¿Benny Hill? —preguntó la ameba flotante.

—¡Vaya! ¡Mis tres mayores referentes después de Winston Churchill! —exclamó Kyle—. ¿Y qué tal un aspecto estándar para no ir llamando la atención allí por donde vayas?

—Tienes narices. Puedo elegir cualquier forma y me arrojas a la mediocridad de ser un simple ciudadano medio más. Bueno, pero que conste que lo hago por nuestra incipiente amistad —accedió Imo a regañadientes.

La ameba chasqueó lo que pudo, pues ahora no tenía dedos, y adoptó la forma de un fornido y apuesto joven.

—¡Eh! ¡No, no! —se quejó rápidamente Kyle, dando un paso al frente al ver el nuevo cuerpo.

—¿No? ¿Que no qué?

—Hombre, ¡pues que no puedes hacerte tan guapo! ¡Mírate! Metro noventa, ojos verdes y una tupida melena. ¡Ni de broma! Ya te estás quitando pelo o poniéndote los dientes torcidos o sacándote medio metro.

—Que sea como el inglés medio, vaya. Qué celoso que eres. Empezamos mal esta relación, ¿eh, Kyle? Deberías alegrarte por mí.

—Que no, que no. ¡De los dos yo tengo que ser el más guapo! —insistió el joven.

—Entonces voy a tener que volver a mi forma de ameba.

—¡Venga ya! Ya te gustaría tener mi atractivo —señaló acariaciándose pomposamente el mentón.

—Bueno, ¿a quién propones?

—Déjame pensar —dijo Kyle mirando a su alrededor—. Miremos aquí —añadió cogiendo un periódico de la mesa y ojeándolo—. ¿Qué te parece este?

—Ni hablar —sentenció Imo—. Está calvo.

—¿Y qué?

—Pues que me parece descabellado.

—¿Qué más dará? —resopló Kyle.

—¿Y este? ¡Mira qué magnetismo en su mirada! —opinó Imo entusiasmado.

—Ese no: es David Copperfield. Demasiado conocido —aclaró Kyle mientras seguía pasando páginas.

—¿Y ese otro? ¡Me gusta su porte! ¡Un hombre seguro de sí mismo!

—Eso es un anuncio. Es Mr. Proper: más conocido aún. Además, ¿no decías que querías pelo? ¿En qué quedamos?

—Ya, pero mira qué bíceps hercúleos. Bueno, sigamos buscando, sigamos buscando...

—Mira, una foto de una manifestación; aquí tienes varios para elegir. ¿Qué te parece este? —preguntó el chico.

—No me gusta; muy feo.

—¿Y este otro?

—Buuf, muy gordo —observó el ente arrugando el semblante.
—¡Bueno, ya está bien! Te diré lo que haremos. Cada uno dirá un número, abriremos el periódico por esa página y el que salga salió.

—Me parece justo, Kyle. Yo digo el cinco.

—Yo, el ocho. A ver, 58, eso debe caer por «Noticias internacionales» —pensó el chico buscando la página—. Aquí está, Imo, aquí tienes tu nueva cara: la del ministro de Agricultura sueco. No está tan mal, ¿no?

—¿¡Que no!?! ¡Pero si es un anciano! —exclamó Imo frustrado.

—No exageres... Debe tener unos cincuenta y pico años el buen hombre.

—Bueno, acepto a regañadientes. ¡Pero el bigote va fuera! Me quitará diez años de encima por lo menos.

Imo adoptó muy a su pesar su nueva forma humana: un cincuentón algo fondón, con el poco pelo que le quedaba en la cabeza peinado a raya. Sus ojos eran de un azul muy claro y ligeramente rasgados, que, junto con unos grandes y separados pómulos, denotaban unos rasgos entre nórdicos y esquimales que le daban un aspecto afable a su rostro.

—No lo sé, Kyle. No me convence. Parece que tenga la cara hinchada —se decía Imo nada conforme, tocándose las mejillas frente al espejo de la entrada.

—¿Qué más dará? No vamos a estar una semana buscándote una cara. Con esta pasas perfectamente por un caucásico oriundo de estas tierras.

—Bueno, Kyle, pero acordémonos de no ir al Ministerio de Agricultura de Suecia o la liaremos.

—No estaba entre mis planes de hoy —aclaró el joven—. Bien, ¿y qué hacemos con tu nombre?

—¿Mi nombre? ¿Qué tiene de malo mi nombre? —repuso girándose y mirando confuso al chico.

—Pues que debemos buscar uno menos extravagante. Imo sueña demasiado exótico.

—No me da la gana. Me quedo con Imo. Si me preguntan les diré que es una abreviación.

—¿Una abreviación? ¿De qué, si se puede saber?

—De... ¡Timothy! Por ejemplo —soltó chasqueando los dedos.

—No conozco ningún Timothy al que llamen Imo.

—Mentira, me conoces a mí.

—Vale, tú ganas, Timothy. No pienso llevar la contraria a todo un ministro —añadió Kyle dándose por rendido—. Pero dime, Imo. Lo de querer ayudarme y todo eso, ¿no será un acto de despecho por lo de tu despido? Digo yo que tendréis reglas respecto al trato con los humanos. No entrar en contacto directo con ellos y cosas así, ¿no?

—¿Reglas? Claro que hay reglas. Cuando entré en la empresa me dieron una especie de lista que me tuve que aprender. Millón y pico de normas calculo que habría, millar arriba, millar abajo. Entre las más importantes destacaban que, bajo ningún concepto, se puede entablar relación alguna con los humanos, ni mucho menos hablar de nuestro mundo y de lo que hacemos. Tampoco podemos hacer daño a los humanos, bueno, hacer que se pillen los dedos con la puerta del coche y cosas por el estilo sí, pero en ningún caso deberíamos interferir en sus relaciones personales, ni volverles locos a base de jodiendas. De hecho, había un cupo máximo a la semana, más que nada para evitar que ningún ente se cebase con su pobre afectado con el fin de medrar. ¡Ah! También había un mínimo de molestias que realizar al mes. Aquel que lo sobrepasaba se llevaba un plus, aunque como realmente ganabas pasta era con las horas extras.

—O sea, que básicamente te acabas de pasar por el arco de triunfo todas las normas.

—La empresa rescindió mi contrato, así que entiendo que todo eso ya no es aplicable a mi entidad —añadió sonriendo mientras se sacudía las manos.

—¿Y si me diese por hablar y contar al mundo entero todo lo que ahora sé? —sonrió también Kyle.

—¿Y si me diese por sacarte la columna vertebral por el trasero?

—¡Ey! Tercera norma: no puedes hacer daño a los humanos
—le recordó Kyle con retintín.

—Recuerda por dónde me pasé las normas.

—¡*Touché!*

—¿Amigos, pues? —preguntó el ministro con nombre *innit* extendiendo la mano al chico.

—Qué remedio —sentenció Kyle dándole un fuerte apretón.